¡Oh Dios mio! ¿y este consejo vuestro no se dirige tambien á mí? No omitiré trabajo ni diligencia alguna para hacerme dueño de ese oro purísimo que sois Vos mismo. Lo compraré á costa de cualquiera sacrificio, con la moneda de mis obras y de mis oraciones: y cuando tenga yo la felicidad de haberlo adquirido, poseeré entónces el mayor de los tesoros para mi alma. "Si Dios—dice el Apóstol—nos ha entregado á su propio hijo, ¿cómo "no nos dará juntamente con Él toda clase de bienes.?" [1]

1 Rom. VIII, 32.

LA SEMILLA.

Ninguno recoge más que lo que ha sembrado.—El hombre es una semilla divina.—La cosecha está en proporcion con la siembra.—Las lágrimas de la siembra preceden al gozo de la cosecha.—La palabra, semilla de Dios.—La zizaña, semilla del demonio.—Jesucristo es la semilla por excelencia.—El pueblo cristiano nació de esta semilla.—La semilla eucarística.

I.

CUANDO Dios creó las plantas, fué encerrado en el seno de cada una de ellas una semilla para que ésta siguiera reproduciendo su misma especie.

Esta reproduccion de los séres por medio de la semilla es uno de los misterios más maravillosos de la creacion. Mas al mismo tiempo es un símbolo y una enseñanza para nosotros.

"Ninguno recoge más que lo que ha sembrado." [1] Esta palabra de San Pablo es una verdad en el sentido material. Jesucristo nos dice: "¿Por "ventura se cogen uvas de los espinos ó higos de los abrojos?" Hé aquí otra verdad en el sentido espiritual y moral, verdad que con mucha frecuencia registramos muy bien explicada en la Sagrada Escritura. Traigamos á la memoria algunos textos.

Job dice: "que los que siembran dolores recogerán dolores." [2] "El que "siembra iniquidad—agrega Salomon—no recogerá más que males:" [3] y en otra parte dice: "que aquel que sembrare justicia será fielmente recom- "pensado." [4] En este mismo sentido dice tambien el Apóstol San Pablo: "Aquel que siembra en la carne, no recogerá más que la corrupcion de la

1 Genes. I, 12.
2 Galat. VI, 8.
3 Mat. VII, 16.
4 Job. IV, 8.

"carne: mas aquel que sembrare en el espíritu, recogerá del espíritu la vi-
"da eterna." [1]

Oigamos ahora á San Ambrosio desarrollando esta misma verdad. Despues de admirar este Santo Doctor en el vástago ó tallo de la yerba el modo con que esta pequeña planta, dócil á la palabra de Dios, se reproduce invariablemente por virtud de la semilla que lleva consigo, nos dice: "Quiera Dios que nosotros lleguemos á imitar estas yerbas y que nuestra "semilla se identifique con la natural que nos es propia." [2]

"Nosotros somos del linaje y de la raza de Dios—nos dice el Apóstol San Pablo, citando las palabras del poeta pagano.—[3] "A fin, pues, de con-
"formarnos á ese orígen todo celestial y divino, sembremos no en la carne
"sino en el espíritu. ¿Tú no ignoras, ¡oh hombre! á quién debes parecerte,
"tú, á quien Dios crió á imágen suya, y que la yerba ha de ser fiel á su
"especie, y tú has de ser infiel á tu orígen celestial? El grano de trigo ar-
"rojado á la superficie de la tierra no degenera; ¿pues por qué tú has de
"degenerar? Ninguna cosecha puede desmentir la clase ó calidad de su
"semilla, y tú violas la pureza de tu alma, el vigor de tu espíritu y la cas-
"tidad de tu cuerpo." [4]

¡Ah, Señor! yo conozco ahora en vuestra presencia que he sido sembrado en este mundo por vuestras manos: obedeceré, pues, á esta ley creadora, y ayudándome con vuestra divina gracia, me esforzaré para llegar hasta la perfeccion, puesto que Vos mismo sois perfecto; ¡oh Padre celestial! no he sido sembrado en la tierra sino para reproducir en ella vuestra imágen.

II.

No solo recoge el hombre lo que siembra, sino que tambien levanta en proporcion de lo que ha sembrado.

"Aquel que sembrare poco, poco será lo que recoja—dice el Apostol;—
"mas el que sembrare con abundancia, recogerá con abundancia." [5] Estas palabras de San Pablo pueden aplicarse á todas las obras del cristiano.

Miéntras más hagamos por Dios, más hará Dios por nosotros. ¡Ay de mí! por mucho que sembremos siempre será poco.... Mas tengamos presente—como dice San Juan Crisóstomo—"que la cosecha siempre es más
"abundante que la siembra. Por consiguiente, aun cuando hayamos sem-
"brado poco para Dios, hemos de recibir de su divina bondad mucho más
"de lo que hubiéremos dado." [6]

"Cuando sembramos ó dejamos caer algunas monedas en la mano del
"pobre—nos dice San Agustin—inmediatamente recogemos la justicia que
"nos hace amigos de Dios: y entónces lo que recogemos es más de lo que

1 Prov. XX, 8 et XXI, 18.
2 Galat. VI, 8.
3 Act. XVII, 28.
4 S. Ambr. Hexam. lib. III, 7.
5 2ª Corint. IX, 6.
6 In Epis. II, ad Corint. hom. XVIII.

"sembramos. Nos imponemos un sacrificio ligero, cumplimos con un acto
"de virtud, y Dios en recompensa nos promete una eternidad de gloria.
"La cosecha ha sobrepujado á la siembra." [1]

Mas no sucede lo mismo con las obras del pecado que se han practicado, siguiendo el espíritu del mundo. A estas obras deben aplicarse aquellas palabras del Profeta Ageo: "Habeis sembrado mucho, y recogido muy poco. *Seminattis multum, intulistis parum.*" [2]

Para llegar á una apariencia de felicidad, para obtener aquello que se llama gloria, el hombre mundano agota todos sus esfuerzos: gasta su corazon, su espíritu, su vida, y no recoge ordinariamente más que la desesperacion ó el olvido de los hombres: arroja sus semillas con abundancia por los cuatro vientos, por todas partes, y muere desgraciadamente con las manos vacías. *Seminastis multum, intulistis parum.*

III.

Antes de recoger es necesario sembrar; y David nos advierte que no se recoge con gozo sino despues de haber sembrado con lágrimas: que los que van llorando á sembrar su semilla, pronto quedarán contentos trayendo en las manos los frutos de su trabajo. [3]

"Ciertamente—dice San Agustin—cuando el labrador se adelanta con
"su arado para sembrar la semilla en su campo, no se arredra ni por la
"lluvia que cae, ni por el viento frio que sopla, no le espantan los rigores
"de la estacion, porque está dominado del pensamiento de la cosecha.
"Pues de la misma manera debemos obrar nosotros: á pesar del invierno
"de esta vida mortal, debemos sembrar llorando la semilla que el Señor
"quiere, esto es, las buenas obras, y con la mejor voluntad en su servicio,
"pensando siempre en las alegrías de la cosecha." [4]

¡Felices lagrimas—añade San Ambrosio— que cayendo sobre el surco, hacen fructificar la semilla y aumentan para el porvenir las esperanzas de la cosecha! [5]

IV.

"La semilla es la palabra de Dios. *Semen est verbum Dei.*" [6]

"Esta explicacion dada por la misma verdad eterna—dice San Gregorio—"no tenemos necesidad de comentarla con nuestra pobre inteligen-

1 Serm. XLIX, de verb. Evang.
2 Age. I, 6.
3 Ps. CXXV, 5 et 7.
4 S. Aug. in ps. CXXV, 13.
5 S. Ambr. lib. de Penit. XXVII.
6 Luc. VIII, 11.

"cia. Jesucristo ha querido explicarnos con sus palabras esta figura, á fin "de iniciar en nuestro entendimiento la inteligencia de aquellas cosas cu- "yo sentido aun no tiene revelado.

"Cuando esta semilla divina cae sobre tierra bien preparada, produce "frutos centuplicados. ¿Qué cosa es una palabra que cae de la boca de los "predicadores santos? Y sin embargo, ella sola basta para producir en "nuestras almas la ciencia de las verdades divinas, la práctica de las vir- "tudes cristianas y hasta la felicidad eterna." [1]

Mas si Dios tiene una semilla que siembra, que es su divina palabra, el demonio tiene tambien la suya; y esto es lo que nos quiere hacer comprender Jesucristo, cuando despues de habernos hablado del padre de familia esparciendo la semilla sobre su campo, nos muestra al hombre enemigo que vino despues á derramar la zizaña. [2]

"Con todo eso—dice San Juan Crisóstomo—la parábola evangélica nos "hace ver que la predicacion del error es posterior á la de la verdad: los "falsos profetas no han venido sino despues de los profetas, los falsos após- "tolee despues de los apóstoles, asi como el Antecristo no vendrá sino "despues de Jesucristo; y nunca perdamos de vista el cuidado que pone el "demonio en imitar á Jesucristo, para engañar con más facilidad á las al- "mas sencillas. Ha escogido la semilla de la zizaña porque se parece al "buen grano del trigo, y solo cuando han crecido ambas semillas en el cam- "po distinguimos el trigo de la zizaña; esto es, la semilla de Dios y la del "diablo." [3]

V.

Así como la semilla es la palabra de Dios, así tambien el mismo Verbo divino hecho carne, que es Jesucristo, es la semilla por excelencia. Nuestros libros santos la llaman frecuentemente semilla de Abraham, semilla de David, diciendo que en ella serán benditas todas las generaciones y que solo á ella pertenece aquel reino que jamás acabará.

"Si Dios—dice el Profeta Isaías—no nos hubiese dejado esta semilla, "hubiéramos llegado á ser como los de Sodoma y los de Gomorra." [4]

El Apóstol San Pablo cita esta palabra del Profeta en sus Epístolas á los Romanos; y la interpreta con más claridad en la que dirige á los Gálatas, cuando les dice: "Las promesas hechas á Abraham no fueron diri- "gidas á los de su linaje como si se tratara de muchos, sino á uno solo de "su raza, que es Jesucristo. *Non decit in seminibus, quasi in multis, sed "quasi in uno: et semini tuo qui est Christus.*" [5]

1 S. Greg. Mag. in Ezech. lib. I, hom. IV, 6.
2 Mat. XIII.
3 Hom. XLVI, in Mat. al XLVII.
4 Rom. IX, 29.
5 Galat. III, 16.

Él es—dice el venerable Beda—quien de la semilla de los patriarcas ha sido sembrado en los campos de este mundo." [1]

Él es el que oculta su humildad bajo la figura del grano de mostaza que es la más pequeña de todas las semillas. Él es el que anunció con anterioridad su pasion, comparándose al grano de trigo, el cual no produce fruto sino despues de quedar sepultado en el surco. "Él es, en fin—dice San Agustin—el grano que debia morir y multiplicarse: morir por la infidelidad de los judíos y multiplicarse por la fé de los pueblos." [2]

Jesucristo es una semilla, y aunque por su carne desciende de Adan, de Abraham y de David, no obstante eso, es una semilla toda pura y toda celestial.

"¡Quién puede hacer salir aquello que es puro de una semilla impura—decia el Santo Job—sino Vos solo ¡oh Dios mio!" [3]

San Gregorio, interpretando esta palabra, la explica con relacion al misterio de la Encarnacion del Verbo divino, que permaneció puro en su carne, porque al nacer y venir al mundo por medio de María, fué concebido en ella sin haberse afeado con mancha alguna. [4]

VI.

Jesucristo es una semilla pura al mismo tiempo que fecunda: el pueblo cristiano nace de ella como brota la planta de su semilla.

Oigamos lo que sobre esto nos dice el Apóstol San Pedro: "Nosotros "hemos nacido de nuevo, no de una semilla corruptible, sino de una simien- "te incorruptible por el Verbo de Dios." [5]

Así es que hay en nosotros dos hombres: el uno que nace de la semilla corruptible del Adan terreno, y el otro que renace de la semilla incorruptible del Adan celestial, que es Jesucristo: por consiguiente, nuestra misma carne participa de este doble orígen. En tanto que pertenece á la semilla corruptible de Adan, es corruptible en sí misma, vil, enferma y enteramente animal. Pero en el momento mismo en que renace de la semilla incorruptible que es Jesucristo, se hace incorruptible; y resucitando se hará inmortal y gloriosa, poderosa y espiritual.

"Nuestro cuerpo, sembrado en la corrupcion, resucitará incorruptible; "sembrado sin gloria, resucitará glorioso; sembrado enfermo y sin virtud, "resucitará lleno de vigor, y sembrado como un cuerpo animal vendrá á "ser por la resurreccion un cuerpo todo espiritual." [6]

1 Hom. in Joan, XII.
2 In Joan, cap. XII.
3 Job. XIV, 4.
4 S. Greg. Moral. XI, 52.
5 1 S. Pet. I, 23.
6 1 Corint. XV, 42-44.

VII

¡Oh Jesus! ¡oh simiente divina! Si no nos hubiérais sido dada, bien pronto hubiéramos llegado á ser semejantes á Sodoma y á Gomorra! [1] Pero no cesais de derramaros sobre nosotros por la efusion de vuestra palabra, y sobre todo, en el sacramento de vuestro divino amor. Germinad en mi alma ¡oh divina semilla! y hacedme creer en Vos y por Vos. ¿Cómo no he de llegar á ser una planta verdaderamente celestial, cuando la semilla es la Eucaristía....?

2 Isai. I, 9.

LA RAIZ.

La segur sobre la raíz del árbol.—La raíz del impío.—La raíz del justo.—Los pensamientos ocultos.—La concupiscencia y la caridad.—Jesucristo, raíz de Jessé y raíz de la alma cristiana.—La antífona de la Iglesia: O radix.

I.

LA semilla y la raíz tienen ordinariamente en la Escritura Santa una misma significacion simbólica: una y otra se ocultan bajo la tierra, miéntras la planta se levanta sobre el suelo y aparece á nuestra vista. Además, la raíz sostiene al árbol y es como el pié que le sirve de base, siguiendo la expresion de San Agustin. [1]

Debemos saber igualmente que por medio de la raíz los árboles y las plantas reciben los jugos de la tierra con que se alimentan. Si la raíz se seca, el árbol muere infaliblemente, y si se corta por medio de la hacha, el árbol cae sin esperanza de levantarse jamás.

La Divina Escritura se vale frecuentemente de este símbolo para darnos grandes é importantes lecciones.

II.

Cuando el Divino Salvador estaba en vísperas de comenzar su vida apostólica, San Juan Bautista, precursor suyo, tratando de prevenir al pueblo judío contra el irrevocable destino que le esperaba si permanecia sordo á la palabra de Dios, le advierte: que ya la segur estaba puesta á la raíz del árbol. [2]

San Gregorio nos hace esta reflexion: "La segur estaba puesta en la "raíz y no en las ramas del árbol: porque no solamente los hijos de los

1 S. Aug. in Ps. IX.
2 S. Luc. III, 9.

"pecadores habian de ser cortados y echados por tierra como las ramas "del árbol, sino toda la generacion entera, como sucede al árbol sin fruto "que es arrancado de raíz para arrojarlo al fuego." [1]

Con frecuencia vemos que en la Santa Escritura se maldice al impío hasta en su raíz. Isaías dice: "que así como la paja es devorada por la lla- "ma del fuego cuando éste la abrasa, así tambien será reducida á pavesas "la raíz del pecador." [2] El Santo Job pide al Señor "que esta misma raíz "se seque debajo de la tierra hasta en la superficie para que quede des- "truida su planta." [3] Y en otra parte dice: "siempre que veo al impío, "aunque aparezca que tiene echadas profundas raíces y que está en medio "de la prosperidad, maldigo y tengo en poco su aparente lozanía." [4]

Efectivamente, vuelve á notar San Gregorio, "que el pecador parece "fuerte y firme cuando todo prospera en su rededor; cuando no es herido "ni por las mismas adversidades, y cuando sobreponiéndose á todo por "medio de su tiranía, parece que sus mismos crímenes contribuyen á com- "pletar su felicidad. Esto espanta á las almas pusilánimes, y no pueden "ménos que exclamar con el profeta, diciendo: "Yo, Señor, titubeo algu- "nas veces en el camino de la virtud y me veo á pique de extraviarme; "pero esto nace de la pesadumbre con que miro la prosperidad de los pe- "cadores y la paz aparente de que gozan. [5] Mas las almas fuertes no se "turban, porque saben muy bien que esa gloria vana, será breve, durará "poco tiempo, y que en el dia que fuere llamado al juicio del Señor, hasta "la raíz misma del impío será reducida á cenizas." [6]

III.

"La raíz del justo por el contrario: permanecerá firme y germinará más "y más, como asegura el libro de los Proverbios; [7] y aun cuando se enve- "jecieren sus raíces—como dice Job—y el tronco por falta de agua llegare "á morir, volviendo á regarlo brotará por mil partes y se verá rodeado de "ramas y de hojas como cuando fué plantado."

En esta comparacion ve San Gregorio la alma del justo arraigada en el bien, por medio de la predicacion de la divina palabra. "Porque está es- "crito—dice el Santo—que la raíz del justo envejecerá bajo la tierra, y que "su tronco se secará y perderá la vida, porque el justo, en medio de los "pecadores, vendrá á ser el objeto de su menosprecio, estará sin fuerza "para resistir y frecuentemente la vida misma le será quitada con violen- "cia."

1 S. Greg. in hom. XX, in Evang.
2 Isai. V, 24.
3 Job. XVIII, 16.
4 Job. V, 3.
5 Ps. LXXII, 2--3.
6 Mor. VI, 6 S. Greg.
7 Pro. XII, 12.

Mas el Espíritu Santo, que tiene la virtud de aproximar y de poner en contacto el agua con la raíz, le dá nueva vida; y por eso vemos frecuente- mente que los buenos ejemplos de las virtudes del justo y el recuerdo mis- mo de su muerte, fecundados por las aguas de la gracia, obran numerosas conversiones y hacen revivir y reflorecer la fé cristiana en muchas almas que la habian perdido.

IV.

Las raíces permanecen ocultas en la planta que se deja ver en lo exte- rior. De este símbolo se vale San Gregorio para ver en las raíces la imá- gen de los pensamientos ocultos de nuestro corazon que se manifiesta por las obras, y en este sentido explica las palabras de Job ya citadas. "*Séquen-* "*se* abajo sus raíces, y arriba quede destruida su mies. *Deorsum, radices* "*ejus siccentur; sursum atteratur messis ejus.*" [1] "Porque en verdad—dice "el santo Doctor—sucede que por los pensamientos malos comienza el "impío á manchar su corazon; y cuando la raíz de los pensamientos llega "á secarse en el corazon, viene á ser entónces un gérmen de muerte para "nuestras obras." [2]

Mas en la misma Santa Escritura se nos dá una explicacion bastante clara de aquello que debe entenderse por estos pensamientos ocultos, que vienen á ser para nosotros unas veces la raíz del mal y otras la del bien.

"La raíz de todos los males—dice San Pablo—es la concupiscencia. [3] y "el Santo temor de Dios, la raíz de la sabiduría." "Este temor de Dios— "añade el Sábio—es el principio del amor. *Timor Dei, initiun dilectionis.*" [4] El temor que ama á Dios, y el amor que teme á Dios, ved aquí la ver- dadera caridad, y en este sentido ha podido decir San Agustin: "Que la "caridad es en nosotros la raíz del bien y la concupiscencia la raíz del mal. [5] Añadiendo: "Que la raíz puede considerarse como el pié que sostiene al "árbol; pero que el alma vive en los espacios de las cosas corporales, obe- "deciendo al impulso del amor que la lleva incesantemente allá donde "ella pueda encontrar su felicidad: si el amor es criminal, se llama concu- "piscencia; si es puro, se llama caridad. Por consiguiente, la concupiscen- "cia es la raíz de nuestros males, así como la caridad es la raíz de la ver- "dadera sabiduría." [6]

Esta raíz buena—segun el Rey Profeta—es la que está plantada en la tierra de los vivos.

Mas veamos ahora la amenaza que hace el Señor al impío. "Te arran-

1 Job. XVIII, 18.
2 Moral. XIV, 20 et VIII, 48.
3 Timot. VI, 10 1ª.
4 Eccli. I, 25.
5 Ibid. XXV, 16.
6 In Ps. IX, 15.

"caré y te haré emigrar léjos del Tabernáculo, y te desarraigaré, como ár-
"bol maldito, de la tierra de los vivientes." [1]

¡Ay Señor! ya comprendo que la buena raíz es vuestro amor, y que la del impío es aquel apego criminal que tiene á las cosas de la tierra, y que, además, arrancareis esta raíz perversa de la tierra de los vivos y arrojareis al impío léjos de vuestro Tabernáculo. ¿Y qué sera de mí, Señor, si obrais así conmigo? ¿Cómo podré vivir léjos de Vos, léjos de la tierra de los vivos y léjos de vuestro Tabernáculo donde aprendo á amaros? Arraigadme, Señor, en vuestro santo amor, y que sea al pié del Tabernáculo eucarístico.

V.

"La raíz permanece oculta." Estas palabras pueden interpretarse de este modo: El Verbo Divino, en su Encarnacion, es para nosotros el Dios oculto de que habla Isaías. [2]

"La raíz sostiene al árbol." Estas otras deben entenderse así: Nosotros no vivimos sino sostenidos por Jesucristo.

¿Y nos sorprenderemos ahora de que la Escritura Santa nos presente á cada paso á Jesucristo bajo el símbolo de la raíz? En ella se le llama "Raíz "de Jessé y de David," primero para darnos á entender su orígen, segun la carne, y despues—como dice Santo Tomás—para explicar: "que si Él na-"ció y vino al mundo por medio de estos ilustres personajes, tambien por "Él vivieron ellos y fueron sostenidos por su gracia."

"Esta raíz nos la presenta Isaías como saliendo de una tierra árida: [3] "para manifestar—segun dice San Gerónimo—la virginidad de María, cuya "belleza y gloria se ocultaron delante de las ignominias del Calvario." [4]

Jesucristo, en fin, es la raíz única que lleva y une al mismo tiempo la raza del pueblo judío y la del gentil para no hacer de ambas más que una sola planta. Porque solo en Él tienen vida todos los fieles, y las ramas de esta planta no llegan á ser santas, sino porque es santa la raíz que las produce. [5]

Oigamos ahora la hermosa é importante leccion que nos dá aquí este grande apóstol, á fin de mantenernos en una profunda humildad al presentarnos frente á frente de Jesucristo: "No te vanagloríes de tus ramas, "porque tú no sustentas á la raíz, sino que la raíz es la que te sustenta "á tí." [6]

Léjos de mí, ¡oh Dios mio! tan orgulloso pensamiento: débil y enfermo por mí mismo, no siendo como no soy la raíz, mucho ménos puedo llegar

1 Ps. LI, 7.
2 Isai. XLV, 15.
3 Com. D. Thom. in Epis. ad Rom. cap. XV
4 Isaías LIII, 2.
5 In Isai. proph. lib. XIV, cap. 53.
6 Rom. XI, 16.

á ser una planta agradable á vuestros ojos, á no ser que Vos mismo me ayudeis y sostengais. Yo no buscaré apoyo fuera de Vos, ¡oh Dios mio! ni en mi naturaleza frágil y perecedera, ni en las varias opiniones de los hombres. ¡Oh mi Jesus! Sed Vos solo mi raíz, porque yo no viviré sino por Vos y para Vos.

VI.

Pocos dias ántes de la fiesta de la Natividad del Salvador, canta la Iglesia esta bella antífona: ¡Oh raíz de Jessé!.... ¡Ven á librarnos! ¡ven, y no tardes! [1]

La Iglesia explica así la doctrina que acabamos de exponer. Si Jesucristo es la raíz única, no podemos vivir con la vida de la gracia y librarnos de la muerte del pecado, sino hasta que esta raíz, que todo lo sostiene, venga á implantarse en los profundos senos de nuestra miseria. Así es que, cuando nos sentimos conmovidos por las violentas agitaciones del mundo; cuando el soplo impuro de las pasiones está próximo á arrancarnos del suelo donde habia germinado nuestra infancia cristiana, y cuando sentimos que flaquea ya la base sobre la cual se desarrollaba nuestra vida espiritual, digamos frecuentemente con la Iglesia: ¡Oh raíz de Jessé! ¡ven á librarnos!.... ¡ven, y no tardes!

1 Ibid., 18.